

Le recibieron con afecto y le abrieron más y más sus corazones, haciéndole vehementes protestas de la veneración que tenían á su padre.

La conducta de Ovando no puede explicarse de manera que lo exima de toda culpa.

Los que más han querido atenuarla, creen que temia que si Colon volvía á la isla recobraría el gobierno de la misma, ó que irritado contra la corte de España, que habia suspendido sus honores y dignidades, trasferiria á Portugal los países que habia descubierto.

Tambien hay quien dice que Ovando estaba ocupado en guerras contra los indios, y que realmente no tendria bajeles para ponerlos á las órdenes de Colon, y que, por otra parte, no comprenderia que era tan triste su situación.

De todos modos, el mensaje de Ovando desvaneció por completo las esperanzas del almirante, y le hubiera desconcertado absolutamente si más que hombre de mundo no hubiera sido hombre de fe.

CAPITULO LXVIII.

Donde sabrá el lector algo de dos personas con quienes de seguro ha simpatizado.



ANTES de pasar adelante, digamos alguna cosa acerca de lo que habia ocurrido á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco.

Al despedirse del adelantado en la punta oriental de la isla, prosiguieron el rumbo que habian tomado, y continuaron todo el dia animando á los indios, que se abatian con frecuencia.

El cielo estaba despejado, el mar en calma, no movia un pelo de aire, y por lo tanto experimentaban un calor abrasador.

Como no llevaban velas, no podian guarecerse de los candentes rayos del astro luminar, y les costaba trabajo respirar en aquella atmósfera de fuego.

Los indios, desfallecidos por el calor, complicado con el rudo trabajo, se arrojaban al agua de cuando en cuando, y despues de refrescarse algunos minutos, subian de nuevo á las canoas y manejaban con más vigor los remos ó canaletes.

Al ponerse el sol perdieron de vista la tierra: sus únicos horizontes eran el mar.

Continuaron el viaje soportando los mayores trabajos.

Por la noche se reemplazaban los indios: miéntras unos bogaban otros dormian, y viceversa.

Tambien los españoles dividieron sus fuerzas.

Mientras los unos descansaban, velaban los otros, perfectamente armados y preparados á defenderse si llegaba el caso, no solo de los caribes que les asaltarán en medio del mar, sino de sus salvajes compañeros.

Al día siguiente, por efecto de tan penosa tarea, se hallaron todos excesivamente fatigados.

La luz del sol, que esperaban con ánsia para que les brindase la esperanza de encontrar pronto tierra, les arrebató esta ilusión.

Mar y cielo habían visto á la claridad del crepúsculo vespertino, y mar y cielo descubrieron á favor de las primeras luces de la aurora.

Las endebles canoas, obedeciendo como esclavas á las olas, no ofrecían seguridad á los viajeros; si estando el mar en calma fluctuaban de aquel modo, cuando se alterase, cuando se enfureciese, era seguro que no podrían resistir los embates del oleaje.

Mendez y Fiesco agotaron los recursos imaginables para reanimar el abatido espíritu de sus compañeros.

No solo les permitían descansar, sino que muchas veces, para dar ejemplo, tomaban los remos y trabajaban como los mismos indios.

En el primer día agotaron el agua y comenzaron á sufrir una sed espantosa.

La calma continuaba, sin que la más leve brisa templase los horrores de aquella temperatura, que sostenía un sol equinoccial.

Al medio día abandonaron los indios los remos.

—Matadnos si quereis, dijeron á sus jefes; ya no podemos más.

Mendez había previsto lo que iba á pasar, y reservó dos barriles de agua; pero ocultó los móviles que le habían obli-

gado á emplear aquel recurso, y aseguró á los indios que los había encontrado entre los vacíos.

Este precioso hallazgo reanimó un tanto á los infelices remeros.

—Pero será preciso, dijo Mendez, tasar el agua para que dure.

—Nos morimos de sed, gritaron los indios de su canoa.

—De todos modos, añadió Mendez, debemos repartirla con nuestros camaradas.

Los indios, que eran generosos, llevaron una barrica á la canoa de Fiesco.

Los dos jefes se encargaron de administrar el agua por sí mismos.

—Animo les dijeron; si os esforzais llegaremos en breve á una isleta que está á ocho leguas de la Española.... Allí hallaremos agua, alimentos, y podremos descansar.

Esta esperanza y el agua que bebieron los indios, dió nuevo aliento á sus abatidas fuerzas y cogieron los remos.

Bogaron ansiosos de ver tierra.

Pasó el día.

Las tinieblas de la noche envolvieron sus frágiles embarcaciones.

Mendez pasó á la canoa de Fiesco.

—¿Sabeis que me asalta un temor? le dijo.

—¿Cuál?

—Segun mi cuenta, hemos andado con creces la distancia que separa la costa de la Jamaica, en donde queda el almirante, de la isla de Navasa.

—¿Estais seguros de lo que decís?

—Segurísimo.

—¿Eso sería horrible!

—Espantoso.

—Nuestros remeros no tienen fuerzas para llegar á la Española.

—¡Qué han de tener!... Además, no habiendo hallado la isla, hemos perdido el rumbo, y sólo Dios sabe dónde iremos á parar.

—De cualquier modo, es necesario que ellos lo ignoren.

—Sí... de lo contrario todo se perdería.

Se separaron.

Mendez volvió á su embarcacion, y cerró la noche sin que notase indicio alguno de la isla.

Uno de los indios pereció en medio del horror de sus compañeros, que veían también próximo su fin.

Su cuerpo fué arrojado al mar.

La fatiga obligó á muchos á dejarse caer jadeantes en el fondo de las canoas.

He aquí cómo refiere Washington Irving el final de aquella heroica expedición:

«A veces querían los indios refrescarse las fauces con agua de mar, lo que les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economía, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de extrema necesidad, y principalmente á los que iban remando.

«La noche iba ya muy entrada; mas no habían podido aún dormir los que estaban de descanso á causa de la intensidad de su sed, ó si dormían era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y despertar con redoblado tormento.

«La última gota de agua se había dado ya á los remeros indios; pero solo había servido para irritar sus sufrimientos.

«Apénas podían mover los canaletes; los abandonaban uno despues de otro, y parecía imposible que viviesen hasta llegar á la Española.

«Los comandantes, con admirable tacto, habían hasta entonces sostenido aquella fatigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperacion; pero también empezó ya á decaer su ánimo.

«Estaba Diego Mendez sentado, observando el horizonte, que por grados iban esclareciendo los pálidos rayos de luz que proceden á la luna.

«Al salir aquel planeta, vió que se destacaba de detrás de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de ¡tierra!

«Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida.

«Era la tierra la isla de Navasa; pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habría sido imposible descubrirla.

«El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni hacer una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

«Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones.

«Trabajaban todos con frenética impaciencia; al rayar el día llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios.

«Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia.

«No había en ella árbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna.

«Pero su ánsia les hizo hallar abundancia de agua, dejada por las lluvias en los huecos de las rocas.

«La arrebañaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con inmoderado afán.

«En vano los más prudentes recordaban á los otros su peligro.

«Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres

indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia.

«Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos.

«Apagada la sed, buscaron alimento.

«Se encontraron, en efecto, algun marisco por las costas.

«Encendió fuego Diego Mendez, juntaron algunas astillas y pedazos de leña de las que el agua traia: pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete.

«Permanecieron descansando todo el dia á la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á la Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

«Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamáica.

«Desembarcaron á la orilla de un caudaloso rio, donde los recibieron con mucha hospitalidad los indios.»

Tales son los pormenores de este aventurado é interesante viaje, de cuyo precario éxito dependia la vida de Colon y sus compañeros.

Los viajeros permanecieron dos dias descansando en las márgenes del rio.

Mendez partió con dos indios á la Española, y allí tuvo un encuentro felicísimo.

Fiesco llegó á Santo Domingo tres dias despues.

Más tarde referiremos lo que allí le pasó.

CAPITULO LXIX.

Dos jóvenes de corazon.



o puede dudarse que la fe cristiana es el gran aliento del alma.

En las situaciones mas afflictivas de la vida levanta el ánimo y le reviste de una fuerza suprema, que es capaz de luchar denodadamente contra los mayores infortunios.

Pero el hombre es siempre hombre, y á las primeras impresiones se deja arrebatar fácilmente.

Por eso no debe sorprender el desfallecimiento de Colon cuando, despues de haber hablado á su gente, se retiró á su camarote.

Y la visita de su hijo, sus palabras bañadas en llanto, su desesperacion, sus nobles sentimientos, todo, en fin, era para su atribulado padre un dardo que traspasaba su angustiado corazon.

Pero al fin triunfó: recordó que si la Providencia nos coloca entre corrientes difíciles, tambien nos da soluciones inesperadas y magníficas.

Y ante ese recuerdo, y ante esas consideraciones, templó su espíritu y logró tranquilizar á su querido hijo.

Sólo á esa trasformacion tan radical pudo conseguirse que aquellos hombres siguiesen abrigando sus esperanzas y no sorprendiesen las amarguras de su jefe.

Pero este fué un gran triunfo que evitó una gran catástrofe.

—¿Cómo te encuentras? dijo Bartolomé Colon á su hermano, entrando en el camarote.

—Bien, le contestó.

—Estoy enterado de lo ocurrido.

—¿Cómo? ¿Se han enterado?

—Nadie. ¿Necesito acaso que me digan tus grandes emociones? Te quiero demasiado para no penetrar tus sentimientos.

—Sí; es verdad.... es verdad.... Me olvidaba completamente de todo. No lo extrañes. Estoy muy preocupado...

—Lo comprendo; pero supongo que habrás dispuesto tu plan.

—Nada; nada todavía.

—Podré entónces decirte mi opinion.

—Es triste, muy triste, vivir divorciados de aquellos pobres y desgraciados compañeros que se alejaron de nosotros, obedeciendo á un móvil superior, al móvil de su conservacion, al móvil de salvar su vida. Su falta tiene gran disculpa.

—Los tengo perdonados.

—Pero tu perdon no basta; es preciso hacer algo más.

—Dime tu parecer. Lo discutiremos, y quizá arroje luz que disipe mis dudas.

—Es preciso conquistar á esa gente. Es preciso atraerla, y para el efecto es indispensable adoptar alguna medida enérgica y salvadora.

—Muy grato seria para mí verlos regresar al seno de estas naves. Los recibiria con los brazos abiertos, los trataria con el mismo cariño que les profesé mientras estuvieron á bordo.

—Son dignos de toda consideracion, salvo algunas excepciones.

—A nadie excluyo de mi gracia, siempre que se muestre arrepentido.

—No esperes arrepentimiento de hombres miserables. El arrepentimiento es generoso, y los menguados que capitanearon la rebelion son demasiado egoistas para....

—Basta.... Tracemos nuestro plan, y á realizarlo pronto.

—Hay que mandar un emisario.

—¿Quién será el mejor para confiarle?....

—El oficial Enriquez.

—Es acertada tu eleccion. Su carácter reservado y discreto, su corazon sensible y entusiasta, su simpática presencia.... todo, en fin, le recomienda para desempeñar admirablemente un cometido tan difícil.... Que venga sin demora.

—Pronto se encontrará á tu lado.

—A vuestras órdenes, almirante.

—Necesito de vuestra lealtad y de vuestro talento.

—Disponed de mi lealtad, ya que os podeis prometer bien poco de mi pobre inteligencia.

—Voy á confiaros una mision delicada. Vais á partir inmediatamente para el bosque, donde se encuentran los que, olvidándose de su deber, se rebelaron indignamente, cediendo á las sugerencias de los hermanos Porras.

—Cuanto me mandeis será cumplido.

—Id y decidles cuanto aquí ha pasado. Participadles que hemos recibido una visita de la escuadra de la isla Española, en la que nos anuncian que muy en breve vendrán bajeles para trasladarnos á aquellas aguas, y que no quiero dejarlos abandonados en esas soledades, en esos desiertos, en esas chozas de salvajes; que no me olvido que han sufrido con nosotros, y tengo presente que son españoles, por lo cual quiero borrar indeleblemente su traicion, perdonándolos á todos.

—Me honro y me complazco en ser intérprete de tan levantados sentimientos, que son dignos de un alma como la vuestra.

—Para desempeñar la comision que os confio, podeis designar los nombres de las personas que han de acompañaros.

—No necesito fuerza; nada temo. Me basta un compañero, y éste será mi amigo más íntimo, Sebastian Oquendo.

—Decidle que está nombrado.

—Os anticipo en su nombre las gracias más completas.

—Yo espero dáros las muy pronto, pues no dudo que desempeñareis noblemente vuestro cometido, y que si por ahora me limito á manifestaros mi gratitud, dia llegará en que pueda acreditaroslo con hechos elocuentes.

Faltaba tiempo al oficial Enriquez para acercarse á su compañero y participarle la confianza que en ellos depositaba el almirante.

Eran Enriquez y Oquendo dos jóvenes pundonorosos, que habian recibido en el seno del hogar lecciones sublimes de fe cristiana y de exaltado caballerismo.

Y esas brillantes cualidades las habian acreditado sufriendo con asombrosa resignacion todas las contrariedades y todas las desdichas que pesaban sobre las naves.

Miéntas conferenciaban los oficiales, y se preparaban para la marcha, el hijo del almirante entró en el camarote, y dirigiéndose á su padre, le dijo.

—Acabo de saber vuestro plan:

—No es mio, pertenece á tu tio.

—Pero lo habeis aceptado, vais á convertirlo en un hecho que puede ser fecundo. Os confieso que alguna vez cruzó por mi mente, pero no me atreví á proponéroslo.

—Nunca me ocultes tus pensamientos. Si es tan pobre el hombre, que para ser algo necesita del auxilio ageno, ¿quién mejor que un hijo podrá prestárselo á su padre?

—Con mejor intencion ninguno, pero no siempre es tan seguro el acierto.

—Abreme siempre tu corazon, y atenuarás mis penas, y contribuirás á labrar mi dicha en medio de tantas tribulaciones.

—Entónces, padre, debo deciros que quisiera compartir con Enriquez y Oquendo la gloria de atraer á los rebeldes, y hasta el peligro que indudablemente van á correr.

—Agradezco tu deseo; pero en esta ocasion no ambiciones glorias. Es preciso que seas abnegado.

—Respeto vuestra voluntad, padre mio.

—Tu nombre debe alejarse de tal empresa. Basta con que sepan mi resolucion. No quiero que le den violentas interpretaciones.

—Basta; me sobra con cuanto acabais de decirme.

Los jóvenes oficiales á quienes Colon habia confiado una embajada tan digna, se preparaban ya para marchar.

Iban á presentarse al almirante, cuando éste salió de la cámara y los encontró á su paso.

Es preciso que se reuna toda la gente; quiero hablarla, les dijo.

Pocos momentos habian pasado, cuando la tripulacion estaba reunida y aguardaba con señalada impaciencia las palabras de Colon.

—Quiero daros una prueba más de mi confianza, porque espero premiar vuestra conducta. Ya sabeis que muy pronto vendrán bajeles que han de conducirnos á la Española, y no quiero que vayamos solos; deseo que regresemos todos, todos los que hace algun tiempo eran vuestros compañeros. Interpretando los grandes y hermosos sentimientos de nuestros reyes, acabo de perdonar á los que, olvidándose de sus deberes, abandonaron estos buques. Los oficiales Enriquez y Oquendo van á participarles mi resolucion.

El entusiasmo fué inmenso, y las palabras de Colon se perdieron en el grito unànime de ¡Viva el almirante!

CAPITULO LXX.

Donde los rebeldes vuelven á hacer de las suyas.



QUEL viva unánime y entusiasta electrizó los corazones de los jóvenes oficiales Enriquez y Oquendo.

Las circunstancias que les adornaban eran las mejores para obtener un éxito lisonjero.

Su carácter modesto, franco y expansivo les habia granjeado la voluntad de cuantos les trataron en las naves, y hasta los hermanos Porras, que tan escasos eran de afectos generosos, los miraban con particular predileccion.

Ellos conocian al ascendiente natural que ejercian sobre los rebeldes, y la seguridad del triunfo les alentaba en su difícil empresa.

—Marchamos ya, dijo Enriquez, á cumplir las órdenes de nuestro almirante, y vamos en la confianza de que si acertamos á interpretar sus sentimientos, si damos á entender á aquella gente la magnanimidad de su corazon, les arrastramos desde el momento en que nos oigan.

—Procuraremos ser dignos mensajeros de nuestro esclarecido jefe, añadió Oquendo, y si no conseguimos vencer su resistencia, cúlpenos, porque los ofrecimientos que vamos á hacer les hablarán con más elocuencia que los discursos más fogosos y vehementes.

—Marchad, pues, continuó Colon; marchad, y decidles que el rencor jamas se albergó en mi pecho; que cuantas ofensas

me hayan hecho se las perdono y las olvido, porque no quiero considerarlos como traidores; quiero verlos como extraviados, como alucinados por una idea; pero que han reconocido su falta, y que no solo no la repetirán, sino que con su noble conducta la borrarán indeleblemente.

Y los jóvenes partieron.

Su expedicion debia ser muy breve, porque era corta la distancia que los separaba de los sublevados.

Y confiaban tanto en el maravilloso efecto que habia de producir su proposicion, que no se cuidaban de la forma en que habian de presentarla.

¡Es tan dulce el dar la libertad! ¡Es tan dulce el consolar al angustiado! ¡Es tan dulce una reconciliacion generosa!....

Todas estas consideraciones se agolpaban á la mente de aquellos jóvenes, y solo pensaban en estrechar la mano de sus antiguos compañeros.

Se aproximaban ya al sitio donde debian encontrarlos, y su impaciencia subia de punto.

Pero entre los jefes de los rebeldes se agitaba siempre un presentimiento.

Era el presentimiento de lo que ya comenzaba á suceder.

No desconocian su grave falta, y sentian el peso de una conversion mancillada.

Ellos, pues, debian ser los primeros que distinguiesen á los mensajeros.

Y lo fueron en efecto.

—Allí vienen, allí vienen, dijo Francisco Porras á su hermano.

—Sí, es gente de la nave,

—¡Pero son dos! ¡Qué querrán?

—Otros dos los acompañan.

—¡Si vendrán á reunirse?

- No, no lo creo; me lo dice el corazon.
 —Ya se aproximan.
 —Es él, sí, es él.
 —No lo conozco.
 —Es Enriquez, nuestro jóven amigo.
 —Pues no dudo ya: viene, viene á unirse; querrá compartir con nosotros su suerte, estará fatigado de tanto sufrimiento.
 —¡Poco alivio encontrará á su quebranto!

Y miéntras los hermanos Porras sostenian este animado diálogo, se iban separando de su gente, porque á pesar de la confianza que les inspiraba su amigo, no les gustaba su visita.

Era natural que así sucediese.

Los hombres á quienes habia seducido estaban cansados de tanta fatiga, de tanta incertidumbre, y empezaron á dudar, ó mejor dicho, llegaron á persuadirse de que su fuga habia sido estéril.

Ignoraban lo que pasaba en las naves; pero les constaba que no habia ocurrido en ellas ninguna desgracia, y creian que estaban ya provistas de recursos y preparadas quizá para regresar á la Península, ó para marchar á la Española.

—Bien por los valientes, dijo Francisco Porras, dirigiéndose á los oficiales que se les acercaban.

—Salud á mi antiguo capitan y á su hermano don Diego.

—¿Cómo entre nosotros? añadió don Diego, mostrando en sus palabras gran impaciencia.

—Somos enviados, exclamó Oquendo.

—¿De quién? . . . ¿Sois por ventura enviados del almirante?

—El nos manda, y le obedecemos con placer inmenso.

—Colon es nuestro enemigo, dijo el capitan Porras, y enemigo irreconciliable, de quien no admitiremos proposicion alguna.

—Sin embargo, cuando os convenzais de que estais engañados, pensareis de otro modo y escuchareis nuestras palabras.

—Nunca, dijo don Diego, nunca creeremos en Colon. Si vosotros le creeis, yo os felicito por vuestra candidez, pero no os envidio.

—¡Caballero! Apelo á vuestra buena fe, apelo à nuestra antigua amistad, apelo al nombre de españoles. . .

—Sí, dijo el capitan Porras, ese nombre de españoles me conmueve; pero Colon no es español: es un advenedizo á nuestra patria, es un aventurero que nos lanzó en una empresa funesta para nuestra suerte.

—No discutamos la pericia de nuestro almirante, añadió Oquendo. Para nosotros es muy respetable.

—¡Calmaos! ¡Calmaos! dijo Enriquez. Si conocierais á Colon como yo le conozco, de seguro que os arrepentiriais de vuestra conducta y que os reconciliariais con él.

—Pues acabad. Decid vuestra mision.

—Esperamos de un día á otro los buques que han de conducirnos á la Española, y el almirante no quiere privaros de la dicha de volver á vuestra patria; y para que vuestra ventura sea completa, no quiere ofreceros las naves de que va á disponer sin perdonar à todos, absolutamente à todos la falta que cometieron.

—No queremos su perdon.

—Acordaos de que es vuestro jefe, y de que sus sentimientos son nobles; de que al perdonar olvida, y al reconciliarse con vosotros os volverá el gran afecto que os profesaba.

Estas palabras impresionaron vivamente á los dos hermanos.

Es de tal condicion el hombre, que aun en los momentos de más indiferencia ó de mayor encono, las frases de amor le hieren y le sojuzgan.

Pero les faltaba creerlas.

Ellos conocian mejor que nadie la extension de su delito, y no podian comprender que el hombre á quien más directamente habian ultrajado se prestase á devolverles su gracia.

Y sin embargo, era tal la sinceridad y la franqueza que revelaba el lenguaje de aquellos jóvenes, que los hermanos Porrás llegaron á vacilar.

Se retiraron á consultar con sus favoritos sobre las proposiciones que se les hacian; pero procuraron presentárselas revestidas de desconfianza, y hacerles ver que era un lazo que les tendian para aprisionarlos.

Con esta táctica malvada, y evitando que se hallasen con los embajadores, acordaron contestarles que no tenian el menor deseo de volver á los buques, ni de marchar á la Española, porque la vida libre que hacian era para ellos preferible á las eventualidades que les aguardaban uniéndose á Colon; pero que si les daba uno de los buques que le enviasen, ó si lo compartiese con ellos, en el caso de ser uno solo y de venir á sus nuevos planes, se portarian pacíficamente.

Esta contestacion indignó sobremanera á los jóvenes oficiales, que estaban animados de los sentimientos más nobles y generosos.

Así que les manifestaron franca y valientemente que tales condiciones no podian admitirse.

Y los rebeldes replicaron, con la audacia que da á los cobardes la superior y ventajosa posicion que ocupan en ciertos instantes, que si no las aceptaban de buen grado, las aceptarían por fuerza.

Mientras se celebraban tales conferencias, no pudo ocultarse á la gente capitaneada por los Porrás el asunto de que se trataba, y la mayoría acogió con júbilo la idea de volver á las naves, amnistiados de su delito y rehabilitados ante su antiguo jefe por el perdon más absoluto.

Así que Francisco Porrás comprendió la actitud de su gente, se apresuró á convencerles de que lo que pensaban era un imposible, y aprovechando el espíritu supersticioso que entre ellos dominaba, les dijo que Colon era un mago que habia engañado aun á los mismos que le acompañaban, asegurándoles que la visita del bajel habia sido un sueño, una quimera, una verdadera vision, y que por eso no se habia acercado, ni habia pasado á bordo hombre alguno.

Estas consideraciones acabaron por convencer á aquellos desgraciados de que todo lo que se les proponia era una farsa, inventada para sorprenderlos y arrastrarlos á las naves.

Y para comprometerlos más y más, marchó á una poblacion india, proponiéndose pasar desde allí á los buques de Colon, con el objeto de hacerle prisionero y de apoderarse de todos los víveres, armas y recursos que en ellos encontrase.